

---

---

## APROXIMACION AL CONOCIMIENTO DEL MERCADO DE CARNE DE CONEJO.

---

---

Antonio Paz Saez  
C. S. I. C.  
Madrid

La teoría del mercado hace a la demanda ser función de una serie de variables que pueden ser explicitadas con mayor o menor facilidad, en razón de su propia naturaleza, pero que en todo caso permiten realizar un modelo que dentro de cierta generalidad, dependiendo de la exactitud de la valoración, puede resultar suficientemente explicativo del comportamiento de esa demanda.

En primer lugar, el valor de las variables explicativas, y ellas mismas, dependen del producto de que se trate, y a este respecto hay que comenzar señalando la nula existencia de trabajos previos sobre el mercado de la carne de conejo.

En principio, no tenemos ninguna seguridad sobre el nivel de consumo, (no hay datos de autoconsumo, ni de pérdidas), pero en último extremo lo que nos interesa, son las posibilidades de incremento del mismo equivalente a expansión del mercado, lo que va a resultar ser función de variables, algunas de ellas de cuantificación nada clara, por lo que no queda más remedio que estimarlas un tanto aleatoriamente a la espera de la corrección que puedan introducir trabajos más exactos.

### I

**En principio**, -ceteris paribus, resulta lógico admitir que el primer factor a considerarse en el incremento de la demanda sería el incremento de la población. Para el período 1971-1981 los incrementos registrados son prácticamente del 1 por ciento, cada año respecto al anterior, y la curva demográfica calculada para los años entre 1982 y 1990, da incrementos análogos con una suave tendencia decreciente.

Si tenemos en cuenta que la evolución de la población española va acentuando su propensión a ser la resultante de un incremento de la vida media y una paulatina baja en la tasa de natalidad, forzosamente resultará un sucesivo envejecimiento de la población, con clara tendencia a la estabilidad, desde el momento que el aumento de la vida media, dígame lo que se quiera, no es esperable que pueda incrementarse mucho más.

Obsérvese que la estimación se realiza sobre el conjunto nacional y que la distribución de la población en el espacio, y sobre todo sus curvas de evolución, no son homogéneas, por lo que los sesgos regionales han de ser sensibles; pero no creemos que pudiera llevar a algo serio de orden práctico el pretender determinar éstos, por la sencilla razón de que la situación actual hace hartamente cualquier pretensión de estimar los futuros movimientos demográficos. Téngase presente que aglomeraciones urbanas como Barcelona, Madrid y la región industrial vasca, en primer lugar, y tras ellas otras como Valencia, Zaragoza, Valladolid y Sevilla, han venido teniendo fuertes incrementos de población a expensas de un gran movimiento inmigratorio, motivado por un desarrollo industrial localizado, y que no es esa situación actual caracterizada por una depresión económica que se presenta como un fenómeno no meramente coyuntural. En consecuencia creemos que en una visión aproximativa, resulta más realista la hipótesis de mantener la estimación demográfica para el total conjunto nacional (de hecho, a la altura de 1982, ya se registran descensos demográficos en algunas áreas españolas hasta ahora de altos censos).

## II

Naturalmente que el crecimiento demográfico tiene que ir acompañado de un incremento en un poder adquisitivo, de no ser así, la consecuencia es el regreso del consumo. Ello hace que sea imprescindible el que se tenga que considerar el factor renta, como variable explicativa clave del poder real de la demanda.

Una vez más hay que señalar que nos encontramos en muy mal momento para poder realizar estimaciones sobre la posible evolución de la renta siquiera sea a plazo no demasiado largo, dada la situación de depresión económica en que nos hallamos y de las implicaciones políticas que supone.

Para el quinquenio 1976-1980, la renta nacional se movió con incrementos anuales entre 1'27% y 1'08%, con un máximo en 1977 (1'27%) y la renta per capita entre 1'25% y 1'10% con un máximo en igual año (1'25%). Todo ello expresa que la tendencia en el período es decreciente y que los incrementos medios suponen en uno y otro caso el 1'17%. Como es lógico con estos datos no se puede ir muy lejos, porque precisaríamos conocer la renta en términos reales y la dispersión geográfica y social de la misma, y todavía tendríamos que estimar el coeficiente de elasticidad respecto a la renta para la carne de conejo.

Respecto al primer punto, la situación de crisis que se acusa en los grandes centros fabriles del país como Barcelona, Vascongadas y Madrid, con unos niveles de paro superiores al promedio nacional, hace bajar la renta en tales puntos en términos absolutos (Vascongadas), orientativos (Cataluña y Madrid), disminuyendo su diferencia con la de las zonas deprimidas; obsérvese que tal diferencia se atenúa en gran parte por depresión de las áreas hasta ahora más ricas, no por elevación de las más retrasadas, que, a su vez, también acusan la crisis, lo que implica que tal nivelación geográfica de rentas se da sin ventaja sensible para el conjunto. En cuanto a la distribución social ciertamente, fue mejorando desde los comienzos de los años 60, pero es dudoso que en los años pasados más recientes tal proceso haya continuado dados los niveles de inflación y paro que se han venido dando. En consecuencia, resulta aventurado por completo cualquier estimación sobre el poder del mercado a plazo medio, pero de cualquier manera no se puede ser optimista para el horizonte

1982-86, aún considerando que en el período se va a ir dando una mejora de las variables clave del sistema, lo que, a su vez no deja de ser aleatorio, entre otros motivos por ser función de variables exógenas enteramente imprevisibles, ya que en gran parte vienen dadas por motivaciones políticas.

Como no se trata de determinar el consumo global de la población española, si no sus posibilidades respecto a la carne de conejo, resulta necesario conocer su reacción frente a la posible evolución de la renta; es decir conocer su coeficiente de elasticidad-renta respecto a esta carne. A este respecto no conocemos ningún cálculo o estimación para tiempos pasados que nos pudiera servir de comparación al menos, siquiera fuera a nivel internacional, método que, en ocasiones nos ha dado resultados aceptables para otros productos (Paz Sáez, 1966). Por tanto, nos vemos obligados a determinarlos directamente y en una primera aproximación, basándonos en los sucesivos incrementos tenidos por la producción, que igualamos al consumo; y la de la renta; ahora bien, la serie oficial de producción (carne obtenida) muestra defectos conocidos que se resumen en una infravaloración de las cantidades obtenidas, por lo menos hasta 1980, y que como Fernández Lucio (1981) supone por estimaciones indirectas, pueden llegar a ser el doble de lo que muestran las cifras oficiales. Aunque tales cifras se corrijan para los años entre 1974 y 1978 los resultados que se obtienen no son enteramente satisfactorios en cuanto que presentan fluctuaciones no explicables por completo, y que cabe ser achacadas a los artificios técnicos introducidos en el manejo de los datos de base por consiguiente, sin entrar en la exposición de las técnicas que harían farragoso excesivamente este ensayo, nos aventuramos a dar un valor entre 0'80 y 0'85 para el coeficiente de elasticidad-renta entendiéndolo que no puede aceptarse más que como orientativo; es preciso que trabajos posteriores aborden el tema con mayor detalle.

Téngase presente que la validez relativa de lo dicho solamente puede concederse para el conjunto del mercado nacional y que deben presentarse desviaciones regionales tanto en razón de los niveles absolutos de consumo como de la disparidad de rentas. Sea cualquiera el nivel de consumo que se considere, parece claro que éstos son superiores en el ámbito Cataluña-Levante, respecto al promedio del conjunto nacional, por consiguiente el efecto renta deberá tener menos efectividad (coeficiente de elasticidad menor) en tales regiones que el promedio del resto del territorio; por el contrario, elevaciones, aunque sean relativamente discretas de la renta en zonas de bajo consumo podrían elevar este de manera sensible; desgraciadamente, para la realidad del futuro inmediato, no parece realista el aceptar aumentos de **renta real** en las áreas deprimidas en el presente, cuando en el horizonte existe la amenaza del crecimiento O.

En resumen, considerando la probable evolución de la población y la renta, para el arco de tiempo 1982-86, podría aceptarse unos incrementos anuales del consumo ligeramente superiores al 1% , lo que significarían cantidades del orden de las 1.000-1.300 Tm, sobre el consumo considerado para 1980, según las cifras actuales.

### III

El conocimiento más elemental del mercado muestra que si el consumo, en condiciones normales, está en función directa del nivel de renta, también lo está en razón inversa de la altura de los precios. De aquí que sea insoslayable el previo

conocimiento de esa magnitud. Tengamos en cuenta que el consumo reacciona ante los precios a que se le oferta, por tanto son los precios al detalle los que interesa conocer, pero como sucede que tal precio, viene determinado por el precio al productor más el margen de comercialización, resulta de la mayor conveniencia el tomar el problema en toda su extensión siquiera sea de manera elemental.

El primer problema que surge es el referente a la fuente de datos. Por nuestra parte, hemos tomado las cotizaciones publicadas en la revista "Cunicultura", la cual, a su vez, cita las fuentes originarias aunque no señala el tipo de animal a que corresponden. Estas cotizaciones las referimos a Bellpuig, como importante mercado de origen, y a Madrid como centro de consumo, por venir expresado el primero, en precios en vivo, indicativos de los que realmente percibe el productor, y el segundo, a precios en canal (sería de interés disponer de los de Barcelona, por lo menos) aunque con la salvedad de que ello se para en diciembre de 1980, por consiguiente empleamos la serie cronológica que comprende desde el último trimestre de 1976 hasta diciembre de 1980, y ello tanto para los precios al productor (Lonja de Bellpuig) como para los precios al por mayor (Mercado Central de Madrid).

En toda serie cronológica habría que distinguir varios componentes, que nosotros consideraremos para cada una de las representativas de precios al productor y de precios al por mayor. Tales componentes, que imprimen su ritmo a la serie, pueden resumirse en las siguientes.

#### **A) Tendencia a largo plazo.**

Constituye el tren de la serie y puede ser representado por el ajuste de una curva de tendencia; en nuestro caso y empleando moneda de cada año, no merece la pena calcularla, puesto que la inflación del período 1976-1980 (siempre de dos dígitos) hace que irremediamente venga afectada de fuerte sentido creciente. Por otra parte, la serie resulta un tanto reducida en el tiempo lo que hace aventuradas las consideraciones a largo plazo, máxime cuando se parte de niveles de consumo más bien reducidos, pero de los datos disponibles parece deducirse para la carne de conejo un aumento en el nivel de precios inferior al tenido por la inflación en el mismo período.

#### **B) Fluctuaciones cíclicas.**

En muchos productos agrarios ha sido posible revelar la existencia de fluctuaciones ocasionadas por cambios coyunturales en el mercado, debidos, normalmente a errores de previsión por parte de la oferta, por lo que conviene tenerlo presente en el mercado cunícola, donde dada la brevedad de la serie no lo hemos podido evidenciar; pero sí cabe sospechar cambios coyunturales entre 1976 y 1980 e incluso de cuantía no despreciable.

#### **C) Fluctuaciones estacionales.**

#### **D) Fluctuaciones irregulares.**

Debidas a factores heterogéneos, pero circunstanciales y aleatorios (epizootias, medidas de política comercial, alteraciones de mercado, etc.).

A) Evidentemente la sucesiva inflación que, año tras año, viene teniendo nuestro país, determina la cuantía del coeficiente angular de la recta de tendencia que pudiera ajustarse, por lo que lo correcto sería hacer el cálculo sobre la serie deflactada con el índice general de precios (moneda real) pero ello lo reservamos para el apartado de relaciones de precios ya que tales expresiones suponen la deflación automática y evitamos repeticiones.

El hecho de la existencia de un fuerte movimiento inflacionista, como el que venimos teniendo desde 1975 en que ya arrancamos con un alza del 14 % , para seguir creciendo durante 1976 y 1977 llegando a cifras propias del Tercer Mundo (17'2 % de promedio en el período 1975-1981), hace que no se cree ninguna demanda adicional, aunque se den incrementos de renta monetaria de la misma cuantía. De aquí la importancia de los precios relativos en las motivaciones del consumo.

B) La existencia de fluctuaciones coyunturales introducen alteraciones serias en la producción y el mercado de los productos en que se dan, e incluso con un coste social nada despreciable, pero que en el caso de la carne de conejo y para el período 1970-1980, no hemos podido revelar su existencia en las series cronológicas con las que hemos trabajado. En cierto grado ello es explicable en razón de la propia estructura de la producción considerada en el conjunto del país, pero no lo es tanto si consideramos la producción intensiva en las zonas de mayor producción, y como es natural supone la mayor proporción de la oferta en el mercado, por tanto sujeta a los mecanismos de este.

C) El estudio de las series empleadas nos muestra una evolución fluctuante, pero en la que es ostensible la existencia de estacionalidad. Para la serie representativa de Bellpuig la tendencia es rotundamente decreciente hasta alcanzar el mínimo en el mes de julio, para seguir una tendencia creciente hasta el mes de diciembre en que se alcanza el máximo anual del período.

Los precios al por mayor de Madrid, muestran una marcha paralela hasta el mes de junio, en que se alcanza el mínimo, para seguir creciendo, en ocasiones de forma opuesta a como lo hace el anterior, hasta llegar al máximo en el mismo mes de diciembre. En conjunto, la estacionalidad de precios, lógicamente inversa a la de la producción, es muy acentuada ya que para la producción (Bellpuig) puede estimarse que viene a ser algo menos del 42'5 % ligeramente mayor para la serie representativa de los precios al mayorista en Madrid.

D) En las series cronológicas, tanto de Bellpuig como de Madrid, puede advertirse "saltos" en uno u otro sentido, que rompen la marcha de las cotizaciones. Son el efecto de circunstancias del mercado, o de la producción y por tanto enteramente irregulares, aunque no alteran las tendencias de los componentes de la serie de manera sensible.

A la vista de la evolución de los precios habría que tratar de cuantificar la incidencia de estos sobre la demanda, lo que equivale a determinar el valor de su elasticidad-precio.

Tal determinación dista mucho de ser sencilla porque no disponemos de una serie representativa de **precios al consumo** para la carne de conejo, por lo que para dar un avance, meramente aproximativo a la cuestión, tomamos los **precios al detalle en Madrid** enfrentándolos a las variaciones de la producción animal. Ahora bien: los precios al consumo varían en su nivel según el tipo de establecimiento y lugar de la ciudad y, por otra parte, es dudosa la validez de igualar la producción a la oferta, ya que a los posibles defectos de aquella, se une el desconocimiento de las proporciones de los distintos tipos de canal (que constituyen realmente mercancías diferentes) y los volúmenes de pérdidas y almacenamientos. En consecuencia nos limitamos a tomar los precios en las **pollerías tradicionales** de una zona de renta media dentro del casco urbano, expresados en Kg/canal, sin piel, y eludiendo todo el farrago de la técnica de determinación, diremos que encontramos valores entre 1'12% y 1'88% . Por supuesto que no se les puede dar más que un valor de orienta-

ción, dados los artificios a que nos hemos visto obligados en razón de varios motivos, y principalmente —aparte de los relacionados con las estadísticas de base— por razones de tiempo y coste. Creemos que el disponer de esta orientación, con toda su relatividad, es mejor que no disponer de nada; no obstante hay que tener presente que si bien los valores medios de los coeficientes de elasticidad-renta (0'82) y elasticidad-precios (1'50) parecen bastante coherentes, la dispersión que se da entre los valores extremos encontrados para el coeficiente de elasticidad-precio no es despreciable (desviación a la media  $\pm$  0'38).

La utilidad de esta estimación previa, estriba en que se puede tener un alto grado de confianza en que el valor de la elasticidad de precio debe ser al menos igual a la unidad, lo que significa que los consumos unitarios deberán crecer, cuando menos en la misma proporción en que se reduzca el precio, lo que implica que en la posibilidad de reducir precios se encierra una buena potencialidad de incremento de la demanda. Esto tiene tanta mayor importancia cuanto que los valores de la elasticidad-precio disminuyen muy lentamente conforme van aumentando los niveles de consumo, a la inversa de los que sucede con lo de la elasticidad-renta.

Claro es que el consumo reacciona frente a los precios a que se le oferta, y que entre el precio percibido por el productor y el precio que paga el consumo se interpone el proceso de distribución; de aquí que el conocimiento de éste se muestre como primordial, ya que no servirían de nada las mejoras zootécnicas que llevasen a una reducción de precios en producción, si tal mejora quedase bloqueada por el proceso distributivo. Por lo tanto, a efectos de incrementos sucesivos de la demanda, es imprescindible el que las mejoras en la producción, se vean acompañadas de mejoras en la comercialización del conejo que permitan reducir precios al por menor. Piensese que en ello se va mucho al futuro de la producción, tanto más cuanto que, en las economías con cierto grado de desarrollo, la evolución de los precios en producción y al consumo tienden a ser divergentes.

En primer lugar el **margen bruto**, dado por la diferencia entre precios al productor y precios al por menor, está constituido por **costes** y **beneficios**, por tanto un margen bruto alto, no implica necesariamente que lo sea el nivel de beneficio de los escalones integrantes del proceso comercial, habiendo de tener en cuenta los servicios incorporados y el coste de los mismos. Las posibilidades de racionalizar todo el **proceso de comercialización**, se presenta de **tanta o mayor importancia que el de producción**, por el motivo de que debe presentar mayor facilidad y de resultados **más inmediatos**. De aquí que todo el empeño puesto en ello ha de resultar rentable en términos de economía de mercado.

El estudio por nuestra parte de las series de precios al productor y al por mayor, con sus no pocas limitaciones, muestra, aunque no son enteramente comparables las que hemos tomado como expresivas de uno y otro escalón, que:

A) Las curvas siguen una evolución bastante paralela, si bien la tendencia en producción es menos alcista que la que muestra la serie al por mayor; es decir, parece darse una propensión de la tendencia al alza del componente de costes (mano de obra y transportes vienen a resultar fundamentales).

B) El margen muestra una dinámica propia por la que la mayor amplitud se muestra en los meses de agosto, septiembre y octubre —exceptuamos diciembre en razón del tirón alcista que tradicionalmente presenta ese mes—. Para esos meses los precios al por mayor suponen un 69'3 % ; 52'3 % y 55 % sobre los precios al productor —para diciembre supone sólo el 46'9 % — en conjunto los valores extremos del

margen fluctúan entre el 44'8% y el 69'3% (junio y agosto, respectivamente), y una fluctuación del 24'5% parece excesiva, y no precisamente favorecedora del consumo.

C) Los precios al consumo, aunque no disponemos más que de un sólo año, parecen mostrarse más inertes, con una fluctuación de menor intensidad, pero en el conjunto del margen bruto entre los precios al productor y los precios al consumidor, parece claro que aquél tiende al aumento con precios relativamente bajos; es decir, **que el margen tiende a absorber las bajas en producción**, lo que implicaría un aumento en el componente de beneficios. Podría explicarse por el fenómeno de la elasticidad, lo que vendría a apoyar el orden de las magnitudes que nosotros hemos avanzado, ya que a determinado nivel de precios la retracción de la demanda, no compensaría el alza de precios y podría suceder a la inversa cuando hay descenso de precios en origen.

D) El conocimiento de los márgenes y su dinámica se muestra del mayor interés, pero es necesario llegar a mayor profundidad y detalle de lo que hemos hecho nosotros, ya que el mero margen bruto total no dice mucho, si no tenemos en cuenta los rendimientos a la canal, los subproductos y la misma estructura del margen.

#### IV

Ante un nivel de ingresos dado, el consumo reacciona frente a los precios a que se le oferta en razón de las relaciones de precios que se establecen entre los diversos productos, llegando al hecho de la sustitución en función de tales precios relativos.

De aquí que haya que considerar a la carne de conejo dentro de un grupo de alimentos integrado por el conjunto de las carnes, el pescado e incluso los huevos.

No podemos ni siquiera intentar abordar el problema de las elasticidades cruzadas entre la carne de conejo y el resto del grupo, por lo que nos limitamos a establecer las relaciones de precios con las carnes, eliminando el pescado (cuya consideración es ya de por sí farragosa) y los huevos. Las relaciones con las carnes, siguiendo a Delgado y colaboradores (1977) las establecemos con el cerdo, pollo y ñejo, carnes que los citados autores consideran como propiamente **sustitutivas** entre sí. Los precios que se toman corresponden a los niveles de mayorista en el Mercado Central de Madrid; la relación deberíamos haberla establecido entre los respectivos precios al consumo, pero ello hubiera supuesto una mayor complicación sin ventajas notables.

Téngase presente que para los precios que pudieran considerarse en producción de pollos, cerdos y ñejos, la tendencia de su evolución en **pesetas constantes**, es decreciente (Paz Sáez y Hernández Crespo, 1981) y que análoga es la tónica de los Mercados Centrales, salvo para el ñejo que muestra una tendencia al alza en **términos reales**; así mismo hay que recordar que desde hace años el pollo no acusa el tirón alcista del mes de diciembre, en el que incluso se dan descensos, mientras ocurre lo contrario con el conejo; ello obedece esencialmente a cambios en las preferencias del consumo durante las fiestas de diciembre-enero, y ya fué objeto de alguna atención por parte de Buesa (1976), y que podría resumirse en una mayor preferencia hacia productos cuyos niveles de consumo son más bien reducidos —en cierta manera aquí puede entrar la carne de conejo— apoyado por la circunstancial elasticidad-ingreso.

Estableciendo las correspondientes relaciones (precios al por mayor) encontramos que si en comparación con la carne de ajojo, la relación es favorable a la de conejo, para el cerdo y el pollo ocurre lo contrario; para el primero la relación es siempre superior a 1'5 y en ocasiones muy próxima a 3 (2'97). Para el segundo la relación es más elevada, sobrepasando siempre del doble y en ocasiones superiores a 4 (4'31). Para el conjunto del período el valor medio encontrado respecto al cerdo es de 2'88 y de 3'21 para el pollo. Estas relaciones son excesivamente altas para que la carne de conejo pueda entrar como sustitutivo frente a las de pollos y cerdos. Por extensión, y aunque no lo abordamos con detalle, igual sucede para los huevos y un gran número de pescados de consumo común, con muchos de los cuales la relación de precios todavía es más desfavorable para el conejo que la que se establece con el pollo.

Esta situación es probable, y desde luego posible, que se mantenga a plazo medio, por lo menos, por la razón de que no es previsible que en un plazo moderado la producción de vacuno logre reducir precios sustancialmente, y por otra parte el pollo y el cerdo sí pueden lograr todavía alguna mejora en precio, especialmente si atienden a racionalizar su proceso distributivo. En cuanto a los huevos y el pescado (siempre referido al de consumo masivo) tienen en su contra los relativamente altos niveles de consumo, y aunque los primeros, aún pueden reducir precios reales al consumo (su tendencia es decreciente; Paz Sáez y Hernández Crespo, 1981); el segundo choca con limitaciones no fácilmente superables para su expansión.

Con esta perspectiva, a la carne de conejo no le queda otra alternativa, si pretende entrar en la competición, que reducir precios al consumo. Insistimos en que ello no implica necesariamente una disminución de ingresos al productor, si se da una mejora en el circuito de distribución que permita bajar el **margen bruto**.

## V

En un modelo econométrico, que quisiera explicar la demanda de carne de conejo, del tipo  $D=f(P_0, R, P_1, P_2)$  en el que  $P_0$ ,  $P_1$  y  $P_2$  fuesen la población, el precio y los de sustitución y  $R$  la renta, claro es que explicaría la mayor parte del comportamiento del consumo, pero con seguridad se darían inexactitudes que pudieran ser de importancia en el orden práctico. Por ello es preciso incluir un conjunto de variables que permitan mayor exactitud explicativa.

Empezando, se puede señalar a la relación carne-hueso, como motivación muy importante para el consumo. Precisamente este hecho, ha sido señalado como factor limitante en el consumo de cordero (Paz Sáez, 1966; Hernández Crespo, 1970; Ruiz Abad, 1977; Sánchez García, 1979, etc.) y evidentemente es un freno para la expansión del consumo de las especies que lo presentan desfavorable, como quedó señalado para el cordero por Paz Sáez (1972), explorando el consumo institucional. Parece que para el conejo, ello es una de las razones, que unido a la diferencia de precio, retrae al consumo de forma sensible.

Un segundo problema se presenta al ver que a igualdad de condiciones —esencialmente, nivel de rentas y precio— se detecta una distinta preferencia en el espacio, y quizá (merecería la pena explorarlo) según las clases sociales. Aún no admitiendo lo segundo, las diferencias regionales muestran la existencia de hábitos enraizados en las colectividades (existen otros muchos casos y una de sus manifestaciones son los platos regionales), es inútil buscar a ello base objetiva, sus raíces

se pierden en el tiempo, y muchas veces es de origen aleatorio. Esto mismo es lo que hace ser difícil introducir nuevos hábitos, sin embargo ello es perfectamente posible; siempre que la acción se apoye en bases objetivas, pero desde luego existen técnicas de mercado que pueden crear las condiciones para una penetración de la mercancía en áreas donde se da escasa preferencia. Tal puede ser el hacer hincapié en el bajo contenido de colesterol preformado existente en la carne de conejo, llevando ventaja frente al pollo, (de alto contenido) y el cordero, lo que entre otras cosas la haría aconsejable en ciertas dietas, y en alimentación de ancianos, lo que no deja de tener interés si se tiene en cuenta que la población española está en un proceso de envejecimiento.

Otra cuestión que pasa normalmente desapercibida es la forma de preparación, lo que resulta de importancia en la realidad del consumo por dos razones:

a) Los platos típicos forman parte del patrimonio popular, y si en él no entra una determinada preparación, en gran parte de las veces por mera ignorancia, el desconocimiento se llega a expresar por rechazo del producto.

b) En la sociedad desarrollada se dan los fenómenos de distancia creciente entre lugares de trabajo y residencia, y de mayor proporción de mujeres que trabajan fuera del domicilio, hechos que inducen a un tipo determinado de comidas, y que ha sido uno de los factores que han determinado el consumo creciente de productos animales a partir del inicio de los años 60. Estos hechos implican la existencia de platos de rápida preparación, en razón del escaso tiempo que dispone la mujer trabajadora por cuenta ajena y la resistencia que las mujeres en general van mostrando a ocuparse de las faenas domésticas; de aquí la tendencia a las conservas, embutidos, productos lácteos, y piezas cárnicas o de pescado aptas para el frito y la parrilla.

Existe, por tanto, una posibilidad de forzar el consumo por una mayor extensión de lo que pudieramos decir aspectos culinarios siempre que se plantee como efecto, por lo menos, a plazo medio, y casi seguro que resultará de aceptación irregular en el espacio en función de los gustos existentes con anterioridad.

Hay un aspecto en el consumo de carne de conejo, que no ha pasado inadvertido, ya que se ha señalado por diversos autores, aunque sea por motivos más o menos circunstanciales, y que consiste en que gran parte de España, y especial las regiones del interior, tal consumo representa un tipo popular en el sentido peyorativo, es decir de plebeyez; en efecto, los sondeos hechos en el consumo institucional por nosotros (1980) muestra su relativa existencia en establecimientos de menor categoría, mientras no suele darse en las cartas de los de mayor importancia hostelera. Esta es una de las bases para sospechar la existencia, ya apuntada, de preferencias sociales. Si esto es así, constituye un freno a la expansión del consumo; por un lado porque el rechazo de estratos de mayor renta, ya supone una pérdida; por otro, por el fenómeno de imitación que extiende el efecto a otras capas sociales.

Dentro de este punto habría que considerar que el conejo de caza tiene una mayor aceptación en todos los niveles del consumo, pero ello, dada su limitación no constituye un obstáculo en si para la expansión del consumo de carne de conejo; es más, muy bien pudiera ocurrir que ese mismo hecho facilitara la aceptación del consumo del conejo de granja, si las motivaciones que concurren en el primero pueden trasladarse (sería interesante basar el estudio en pruebas de degustación).

Habría que considerar al turismo como un factor positivo de demanda a incluir en el modelo explicativo. Ahora bien, conociendo la procedencia del turismo, es lógico suponer que su consumo no puede ser muy alto, porque a gran parte de esa población le falta el hábito; sólo puede aceptarse que se de un consumo circunstancial por variación. De todas formas, contando con el volumen de la población visitante, la localización preferente (Cataluña, Levante, Baleares) el poder adquisitivo medio y tiempo de permanencia, puede aceptarse con toda prudencia, que el consumo global puede ser de unas 15 T. No obstante sería del mayor interés realizar sondeos en el consumo institucional.

Por último, habría que investigar si para esta carne, y en qué grado, se dá el cansancio del consumidor, fenómeno que para otros productos constituye un factor limitante nada despreciable.

## VI

Hace años que yá Ayala Martín señaló como Rusia logró, hasta cierto punto, paliar el hambre ocurrida durante y tras su guerra civil por la producción cunícola y otro tanto —la situación no era tan grave— sucedió en Italia con motivo de las sanciones económicas que se le impusieron por su guerra con Etiopia.

Con posterioridad, durante la II Guerra Mundial, Gran Bretaña y EE.UU., se sabe que elevaron grandemente la producción cunícola. Todos estos casos, sobre los que se ha hecho hincapié repetidas veces, sólo muestran las favorables posibilidades para la producción de carne a partir del conejo, pero realmente se está considerando como **recurso**, y tal perspectiva no es la más edecuada para hablar de ampliación del mercado. Si de lo que se trata es de ver las **posibilidades** de este para la carne de conejo, las conclusiones a que se llega, tras todo lo anterior puede resumirse:

A) Se da una serie de factores poco favorables para la expansión del mercado y que se pueden concretar en:

1º. Las malas perspectivas que se presentan para el crecimiento de la renta, aún desechando la hipótesis más pesimista en la evolución de las variables explicativas.

2º. En la reducción de precios **al consumo**, se encierra la mayor reserva de demanda (encontramos un coeficiente medio de 1,5), pero cabe dudar que se den bajas significativas, porque no se trata de resolver el problema de una producción a costes decrecientes, en lo que la genética puede jugar un buen papel, si no que en **cualquier caso**, se dan o no mejoras en el sector de producción, es preciso mejorar **primordialmente** el proceso de distribución, lo que puede resultar más fácil y hacer más rentables los esfuerzos, pero que choca con intereses y razones sociales de manejo delicado.

3º. La relación carne-hueso, no parece a propósito para el incremento del consumo presente ni a plazo medio.

4º. Factores de índole social parecen actuar en contra en grandes sectores de la población española.

B) También existen otros factores, que en cierto grado contrarrestan los efectos negativos, de indudable peso.

1º. Los precios al consumo de los productos que pudieran considerarse competitivos, también tendrían dificultad para ser reducidos, en especial los referentes al vacuno, por lo que relativamente pequeñas reducciones para el precio del conejo puede hacer entrar a este como relativa alternativa entre las carnes de pollo y cerdo.

2º. El tamaño medio de la familia española se va reduciendo, lo que hace pueda paliarse la desfavorable relación entre carne y hueso, a más o menos largo plazo.

3º. Es posible organizar la producción y la distribución de forma que se originen economías de escala que permitan reducciones de precios conjuntas.

4º. Es, también posible, con tiempo suficiente, el forzar algunas de las disposiciones no favorables que se advierten en el mercado.

Como **resumen**, expresamos que nuestra conclusión no puede calificarse ni de optimista ni de pesimista. Lo primero, porque todo parece mostrar que a plazo medio el consumo de carne de conejo no podrá transformarse en un consumo masivo; lo segundo porque si es posible que se den sucesivos incrementos en la demanda que estimamos —hay que hacerse cargo de su aleatoriedad— en un volumen algo menor del 2 por cien del que se da como obtenido en 1980, es decir unas 1.800 - 1.900 Tm.; entendiendo que tal cifra sería un promedio para el próximo quinquenio. Ello significa que los consumos unitarios se irían elevando muy lentamente (igual ocurre con el ovino, y seguirá ocurriendo). Puede observarse que el incremento medio que damos, es superior al esperable para la población, **esperando que se mantengan en el mismo orden las relaciones de precios**. Obsérvese que el cálculo estimado es coherente con el nivel de consumo que puede darse para España (del orden de los 3 kgs. para la temperatura 1980-81) y los que se dan para países próximos en nuestra área, como Francia e Italia que ligeramente superaban los 4 kgs. en 1980 (según Camps, 1980), a cuyos niveles aproximados podría llegarse en nuestra hipótesis, pasado 1988 (suponiendo que en 1982 nos encontremos en el nivel de los 3,5 kg.).

Si se considera pesimista este resultado téngase presente el bajo consumo que de la carne de conejo tienen Gran Bretaña, Alemania y el conjunto de países del Centro y Norte de Europa (en la R.F. Alemana, para 1980, basándonos en los datos de Probst, apenas si el consumo unitario llega al kg.), sin que se detecte una tendencia al aumento, e incluso el incremento de la demanda global es inferior al demográfico (en estos países el crecimiento vegetativo es muy pequeño).

Consideremos que un crecimiento medio del orden de las 1.800 Tm. (peso canal), no es despreciable, ya que si tomamos las **cifras oficiales**, no enteramente creíbles, de producción entre 1966 y 1982, tendríamos un **crecimiento medio** de 9.543 Tm. pero exceptuando los años 1974, 76 y 77 como anómalos, tendríamos un crecimiento medio de 2.522 Tm. lo que supone tan sólo una diferencia de 722 Tm., que incluso podrían aceptarse en función de los niveles crecientes de consumo en el transcurso del tiempo.

Hemos pretendido cumplir con el título, es decir realizar una aproximación al conocimiento del mercado de carne de conejo. La bibliografía es casi inexistente y quedan multitud de puntos por poner en claro, nuestra intención ha sido presentar una aportación al estímulo para llevar a mayor profundidad y con mayor precisión los trabajos encaminados a ello.

Expresamos nuestro agradecimiento a D<sup>a</sup>. M<sup>a</sup>. del Carmen Crespo y a D<sup>a</sup>. M<sup>a</sup>. Belén Caballero, Ayudantes del Instituto de Alimentación y Productividad Animal de C.S.I.C., por la ayuda recibida en la confección del trabajo.

---

#### BIBLIOGRAFIA

---

- CAMPS, J. — Datos de importaciones actuales de conejos en Europa (Informe). Boletín de Cunicultura, vol. 3, Fasc. 4 - 12. 1980.
- CAMPS, J. — Producción y consumo de carnes en España - Balanza Import-Export. Relación con la cunicultura. V Symposium de Cunicultura. Sevilla, 1980.
- CAMPS, J. — Importancia (1980) y futuro de la Cunicultura en España - ASESCU Boletín de Cunicultura. Vol. 4, Fasc. 1-13. 1981.
- DELGADO, F. , RODRIGUEZ ZUNIGA, M. y SORIA, R. — Estructura de la demanda de carne fresca en España; un análisis interpretativo de su evolución más reciente. XIV Reunión Científica de la S.I.N.A.. Murcia, 1977.
- ESCOBAR DE LA PAZ, L. — Aspectos económicos de la producción de conejo de carne. Tesina de Licenciatura en Veterinaria. Madrid, 1976.
- FERNANDEZ DE LUCIO, I. — Panorama económico de la producción cunícola española. Jornadas Técnicas de Cunicultura. Barcelona, 1981.
- GOMEZ JOVER, F. — La función de consumo española. Rev. Esp. de Economía. Año VI, núm. 1, Enero-abril, 1976.
- SERNA, J. — Estudio económico del conejo de carne en España. Publicación núm. 5 del Dpto. de Economía y Producciones. Facultad de Veterinaria. 1971.
- SERNA, J. — Consumo de carne de conejo. "Granja", núm. 253. 1973.
- SOBRINO IGUALADOR, F. — La importancia del proceso distributivo en los productos agrarios. XXIX Congreso Luso-Español para el progreso de las Ciencias. Lisboa, 1970.